

LITERATURA

Los perros hambrientos*

Ciro Alegría**

XIII

Voces y gestos de sequía

–No llueve –dijeron los campesinos a los diez días de la procesión.

Las sementeras habían muerto ya, pero ellos aún deseaban la lluvia. Se podía sembrar de nuevo. Todavía era tiempo de que germinara el grano y más si lo mojaba la esperanza del hombre.

Y una noche fue lo maravilloso, los oídos escucharon la ansiada voz de la lluvia. Caía larga y pródiga, esparciendo un gran olor a tierra. Cuando llegó la mañana, continuaba azotando dulcemente los campos. Y los hombres uncieron de nuevo los bueyes, empuñaron la mancera, abrieron surcos y arrojaron semilla. El corazón, sobre todo, es una tierra siempre húmeda y fiel.

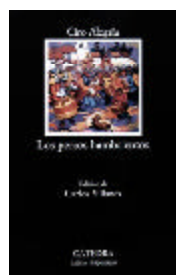
Asomaron otra vez las tiernas plantas, como si estuvieran gozosas de surgir a un mundo que las esperaba. La lluvia no cesó durante muchos días. Todo prosperaba. ¡Virgen del Carmen milagrosa!

Pero el dolor, el hambre y la muerte son azotes supremos. El cielo tornó a despejarse, la tierra a quedarse sin jugos y toda la vida a padecer.

Corrieron los días en medio de una inútil espera. Una tarde, el Simón Robles fue al redil y estuvo contemplando el rebaño. El año anterior comieron y vendieron mucho ganado esperando que el siguiente no habría necesidad de hacerlo. Y he ahí que sólo restaban menos de cincuenta pares y la lluvia se fue.

¿Tendrían que comérselas todas? ¿Se quedarían sin lana para las bayetas? Le dieron pena las pobres ovejas tiradas allí, sobre el suelo, dulce y sencillamente, ignorantes de su suerte. Después caminó hacia la choza de los perros y se entretuvo con ellos un rato. Estaban flacos por lo mal comidos; sin embargo, lo recibieron moviendo cariñosamente la cola. Wanka parió dos veces más y las crías siempre fueron al agua. ¡Pobre Wanka! Después de todo, estuvo bien hecho.

Al otro día, el Simón ensilló a Cortaviento –la falta de pasto contribuyó a que fuera más gráfico el nombre– y se marchó a los potreros. Inútilmente buscó a su vaca todo



* Fragmentos tomados de la novela *Los perros hambrientos*, por *Ciro Alegría*, Ediciones Cátedra S.A., colección Letras hispánicas, edición de Carlos Villanes, Madrid, 1996 (páginas 227-236). Ediciones Cátedra y la señora Dora Varona, Administradora Judicial de los Derechos de Autor del maestro *Ciro Alegría*, han otorgado la autorización correspondiente a la Comisión de Derechos Humanos del Estado de México para reproducir estos fragmentos.

** Escritor y político peruano (1909-1967), es uno de los grandes narradores hispanoamericanos del siglo XX y el primer novelista peruano cuya obra ha sido reconocida en todo el mundo con numerosas ediciones en varias lenguas. Incursionó en el periodismo, fue miembro de la Academia Peruana de la Lengua y presidente de la Asociación Nacional de Escritores y Periodistas del Perú, sus obras son: *La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1938), *El mundo es ancho y ajeno* (1941) y *Duelo de caballeros* (1962).

el día, no la encontró. Era evidente que habían llegado los malos tiempos. Retornó al bohío como una sombra.

Pero aún hubo lugar a la esperanza. El cielo se entretenía en jugar con el corazón de los hombres y el vigor anheloso de la tierra. Llovió otros pocos días. Las murientes siembras se reanimaron, cobrando lozanía y tratando de erguirse. Pero no pudieron persistir en el empeño. La sed vino de nuevo y se rindieron al fin. El Simón subió al terrado¹ un gran cántaro y dos enormes ollas. Los colocó en un rincón, y lentamente, como si cumpliera un rito, los llenó de trigo, arvejas² y maíz. Cuidadosamente tapó las bocas con mates de idéntico tamaño y, después de mirar las trojes³ casi exhaustas, bajó y dijo a la Juana:

–Hey guardao la semilla.

Todo quedaba expresado con eso. La Juana sintió dentro de sí una desesperación que la hubiera hecho, de ser posible, regar los campos con sus lágrimas. Pero continuó realizando serenamente sus tareas junto al fogón, la carnosa boca contraída en un gesto firme, y se limitó a responder:

–Güeno.

Y vinieron, inexorables y agobiantes, los largos días de sequía. Los hombres y los animales no estaban solos deplorándolo. Toda la naturaleza profería las fatales palabras de la sed y la muerte.

Un viento silbante cruzaba la puna llevándose las nubes, levantando terrales⁴ y rezando largos resposos entre las hojas mustias de los árboles. “No llueve”, gimió un agonizante hilo de agua desde lo más profundo de un cauce. “No llueve”, repitieron los alisos de las orillas, dejando caer sus hojas y contorsionando sus brazos. “No llueve”, corearon las yerbas, desgredándose, amarilleando y confundiéndose con la tierra. Hasta el caserón de la hacienda llegó la voz. “No llueve”, admitieron los altos y severos eucaliptos que lo rodeaban, haciendo sonar sus hojas con un ruido metálico.

Un sol bruñido resplandecía en un bello cielo azul. Se vivía bajo una cubierta de cristal que hubiera sido alegre de no haberse tenido la visión de la tierra. Ésta comenzaba a pintar por encañadas y laderas, por lomas y bajíos⁵, con yerba muriente y esqueletos de árboles, una desolada sinfonía en gris.

Y siempre el viento levantando remolinos de polvo y hurtando las nubes para conducir las más allá de los últimos picachos, quién sabe hacia dónde. Y siempre el sol rutilante y ardiente de crepúsculo a crepúsculo. Y de crepúsculo a crepúsculo, siempre el primoroso cielo que sonreía a la desolación.

Las noches parecían interminables. Nunca fueron tan negras, nunca tan hondas. Mugía el viento esparciendo un olor a polvo, a disgregación, a cadáver. Si salía la luna, frente a la naturaleza muerta, ante los árboles mustios o deshojados, fingía presidir una reunión de espectros.

La sequía cargaba “helada”⁶ por las noches y las chacras fueron sólo pardos mantos. En los surcos porosos, ni un solo vagido en aquel dulce verde tierno de la planta recién nacida.

Hombres y animales, en medio de la tristeza gris de los campos, vagaban apocados y cansinos. Parecían más enjutos que los árboles, más miserables que las yerbas retorcidas, más pequeños que los guijarros calcinados. Sólo sus ojos, frente a la neta negación del cielo esplendoroso, mostraban un dolor en el que latía una dramática grandeza. Tremaba en ellos la agonía. Eran los ojos de la vida que no quería morir.

¹ Peruanismo: espacio vacío que está entre el techo y el cielo raso de una habitación. Terrado en español es sinónimo de *terrazza*, lugar abierto hacia la azotea o el ático.

² Guisantes.

³ En el español de América y en el Perú se usa de manera más común la palabra *troja*, para designar el espacio que sirve para guardar los alimentos procedentes de la siembra.

⁴ Americanismo: viento cargado de tierra. En lenguaje marinerico es el viento que viene de la tierra.

⁵ Americanismo: terreno bajo.

⁶ Americanismo: frío nocturno muy intenso. *Helada* es un americanismo como cualquier otro de los muchos que usa Alegría; realmente esta palabra no necesita ir entre comilladas.

XIV

"Velay el hambre, animalitos"

Marchaba el tiempo agravando el mal con su indiferente regularidad. El agua era un pequeño hilo en lo más hondo de las quebradas. Don Cipriano renunció a represarla para regar sus sembríos. Las mujeres tenían que ir con sus cántaros a buscar entre los pedrones y guijarros de los cauces la que se necesitaba para beber. Y se sabía que abajo, en las riberas del Yana, donde prosperaban la coca y las naranjas, los hombres morían en las tomas¹ de agua disputándose a tiros y puñaladas el escaso caudal que lograba reunir el río.

Un día don Rómulo sugirió:

Señor, quién sabe el Gobierno...

—¿El Gobierno? —gruñó indignado don Cipriano—, usted no sabe lo que es el Gobierno. Desde Lima se ven de otra manera las cosas. Yo he estado allá. Una vez hubo hambruna por Ancash², y al gobierno le importó un pito. El subprefecto, si no es una bestia, debe de haber informado ya. Le apuesto a que el Gobierno no hará nada...

Después de tan contundente réplica, don Rómulo no volvió a remover el asunto y, desde luego, siguió retorciendo su bigote.

El Simón, entre tanto, mandó a su hijo donde la Martina, y a su vuelta tuvieron el siguiente diálogo:

—No quiere venir... Están comiendo las ovejas. Trigo no tiene. Dice que ya será tiempo e quel Mateyo güelva...

El Simón se limitó a decir:

—¡Güelva!, ¡china zonza! Le llevarás un almú e trigo...

El ganado había roto impunemente las cercas —¿por qué oponerse?— y discurría por las chacras en su afanoso husmear inútil. Antes, el ingreso a ellas significaba el hartazgo. Ahora, después de un prolijo recorrido, había que convencerse de que afuera³ se estaba menos mal.

Las vacas mugían soñando promisorios puntos distantes y echaban a andar, a andar, pero se daban con que, sin duda, la verdura quedaba siempre tras las más lejanas cresterías. Retornaban luego con las cornamentas más bajas y los costillares más pronunciados bajo la piel terrosa y opaca.

Las cabras —don Cipriano tenía una gran manada— escalaban pedrones y riscos para pasear su inquietud por los campos a través de ojos azorados. Su travesura y gusto por lo equilibrios les proporcionaron, alguna vez, un buen bocado de la rara hierba seca que aún persistía en alguna grieta de las peñas. Pero, de ordinario, su encumbramiento sólo les mostraba en más nítida forma la extensión del azote.

Las ovejas, discretas, tirábanse a acezar a lo largo de las sendas. Un inquieto relincho de potros estremecía los picachos desnudos y los magros perros comenzaron a enfadarse y ladrar. Ladraban hacia el horizonte, hacia el cielo, hacia alguna sombra espectral.

La hambruna mordía los vientres con voraces e implacables mandíbulas. Los campesinos visitaban, una y otra vez, el caserón de la hacienda. Siguiendo el consejo de don Cipriano, habían guardado todo lo que se podía, pero ya no alcanzaba. Desde luego que la situación de los fugitivos de Huaira era aún más triste que la de los colonos. Es verdad que el indio, cuando está en francachela⁴ es insaciable, se contenta

¹ Toma de agua es el lugar donde el agua se distribuye a través de acequias o canales.

² Peruanismo, viene del quechua *anccas* que significa azul: departamento del centro del Perú, al norte de Lima, al que atraviesan las cordilleras blanca y negra de los Andes Occidentales y forman el callejón de Huaylas, famoso por sus paisajes y montañas nevadas. Tiene costa y sierra, y su capital es Huaraz.

³ Fuera.

⁴ De fiesta, con comida y bebida en abundancia.

con unos cuantos bocados en la escasez. Pero, de todos modos, su reducida dotación se terminaba ya. Los otros comenzaron a verlos con ojos cargados de sospechas. Cerróse la mano abierta de los primeros días. Y en sus trajines por los campos provocaban un hostil recelo.

Don Cipriano, si eran muchos los pedigüeños, se negaba tozudamente a darles ningún auxilio:

–No, no hay nada, no tengo ni para mí...

Pero hacía quedar a alguno y, sigilosamente y como a escondidas, le llenaba un lado de la alforja con cebada. Después le decía, para hacerle creer que se trataba de una atención especial:

–No lo digas. Lo hago contigo solamente...

Era mucho gallo don Cipriano.

Pero la demanda arreció, pese a todo, y el hacendado tuvo al fin que negar de veras. Vivía rodeado de imploraciones y lágrimas, y él mismo, que siempre había tenido el corazón animoso, se acobardó. Esto lo hizo ser menos asequible todavía.

Por lo demás, el hambre había vuelto a cholos e indios más estáticos. Sentados a la puerta de sus chozas mascaban coca –si la tenían– cambiando monosílabos lúgubres. Ellos solamente saben sembrar y cosechar. El ritmo de su vida está ajustado netamente a la tierra. Y aquella vez, por eso, estaban muriendo pegados a la tierra.

Pero si para el hombre es triste el hambre, lo es más para el animal. Las vacas habían resuelto el problema con cactus y pencas. Espinosos y amargos eran, mas el clamor íntimo de la vida no admite evasivas. Las cabras ramoneaban chamiza, y ovejas y caballos hacían valer el ichu reseco y punzante. Pero los perros se sintieron perdidos. En la mayoría de las casas su ración fue suprimida. Tuvieron que lanzarse a los campos y aparecieron las primeras tropas deambulando sin sosiego tras su insatisfecho anhelo.

Wanka y los suyos seguían sirviendo a sus dueños. Puede decirse que éstos compartieron su pobreza con ellos. Y hombre y perros enflaquecían más y más. El Simón Robles olvidó sus relatos. También dejó a la flauta y la caja en su sitio: aquella en la repisa, junto a San Antonio, y la otra colgada por allí, perenne luna llena en la negrura de un rincón. Porque llegó la fiesta de Saucopampa y además de que acudieron pocos, fue solamente rezada⁵. Qué se iba a comer ni beber, si alimento no había, y chicha se hace de maíz y no de piedras. Qué se iba a tocar si la única tonada era la fiera del viento. Qué se iba a bailar ni cantar si ya no había corazón. La Virgen hallábase olvidada de sus hijos, lo mismo que San Lorenzo, el santo patrón de Páucar. La capilla de éste, situada al lado de la casa–hacienda, estaba siempre abierta y los campesinos acudían a pedirle tanto como a don Cipriano. Un día fue a rezar la Juana y volvió muy asustada. Era que la imagen tenía ante ella, tradicionalmente, un manojo de espigas. Los campesinos se lo ofrendaban todos los años, pues para ellos son las espigas las más bellas flores que florece la tierra. Y ya no estaba allí el granado haz.

–¡Impíos!– gruñó la Juana.

Si consintió que luempuñaran, jué que quiso –argumentó el Simón, calmando a su mujer.

La Vicenta olvidó el tejido que estaba haciendo y bien hubiera deseado el Timoteo olvidar a la Jacinta. En cuanto a la Antuca, seguía conduciendo el ganado acompañada de los perros. Wanka, Zambo y Pellejo trajinaban siempre tras el rebaño, pero su paso era cansino y desganado su ladrido.

⁵ El prestigio de una fiesta pueblerina se mide, en buena manera, por la forma como los curas celebran la misa el día principal, si es *rezada* como en este caso es evidente signo de pobreza. Por lo general es *cantada*, cuando la economía es buena y puede ser *diacononada*, con varios celebrantes, si las arcas están boyantes.

Un día la Antuca se acordó de cantar:

El Sol es mi padre,
La Luna es mi madre
y las estrellitas
son mis hermanitas.

Pero no sonó como antes su voz. Se asustó de su propio canto. Y con el sentimiento panteísta de su ancestro indio, entendió que las oscuras y poderosas fuerzas de la naturaleza se habían puesto contra el animal y el hombre.

–Nube, nube, nube...

–Viento, viento, vientosooooo...

No, ya no era el mismo de antes. Subían las nubes a empequeñecerse y marcharse por la inmensidad de los cielos en alas del viento. Antes era densa y pesada la niebla y la envolvía tan ceñidamente, que a veces, al tirar el copo blanco y dar vueltas al huso, la Antuca creía estar hilando niebla⁶. Mas ahora apenas si ascendía un poco del río Yana para desaparecer. Y el viento, que otrora traía las nubes y era anuncio de lluvia, se las llevaba hoy mascullando blasfemias sobre la erizada tierra.

Desamparados estaban el animal y el cristiano.

Para peor, ya no acudía el Pancho a tocar en su antara los wainos y el Manchaipuito. Cada vez apareció con menos ovejas, y sin duda él y su familia terminaron por comérselas todas.

¡Y era tan bueno estar con el Pancho! Pero en verdad, ella ya no tenía nada que darle. Había soñado con ser grande y de anchas caderas y redondos pechos, como la Vicenta en los tiempos de trigo, y amarlo vigorosamente y tener hijos. Pero el hambre hasta la empequeñeció. Bajo el tocuyo de la blusa y la bayeta de la pollera, se encogía una osamenta descarnada. Sus grandes ojos brillaban tristemente y parecían más grandes aún en medio de una cara pálida de mejillas chupadas⁷. Se vio entera en los perros. Wanka, Zambo y Pellejo, muy flacos, los hocicos agudos y los ijares contraídos, tenían los ojos fulgurantes. Las ovejas de vellones raquíticos, melancólico mirar y débil paso, estaban en una triste situación también.

Y dijo la Antuca una tarde en que sintió más que nunca la negación de la naturaleza, su propio dolor y su soledad y los del ganado, resumiendo todas las penurias:

–Velay⁸ el hambre animalitos...

⁶ En "La hilandería de la luna", un bellissimo mito de los antiguos wancas, una doncella era disputada en amores por los dioses Viento y Arcoiris y ella, como dice Alegría, hilaba el viento.

⁷ Peruanismo: de mejillas tan delgadas que hacen destacar mucho los pómulos.

⁸ Además de un resumen, esta frase es un grito desgarrado de impotencia ante la inclemente naturaleza.